

LECCION XLI.

VATICINIOS DEL MESÍAS.

Ezequiel, profeta. — Acontecimientos próximos que anuncia. — Lo que vaticina sobre el Mesías. — Daniel, profeta. — Su historia. — Explica el sueño de Nabucodonosor. — Niños en el horno.

Los terribles vaticinios de Isaías, de Jeremías y de los demás profetas contra Jerusalem se habian, por fin, verificado: aquella ciudad opulenta habia sido arruinada desde sus cimientos; su augusto templo, una de las maravillas del mundo, no era mas que un monton de cenizas, y sus habitantes arrebatados por Nabucodonosor gemian en Babilonia en las cadenas de la esclavitud. Apareció entonces un nuevo profeta, á quien Dios suscitó para reprender y consolar á los desventurados cautivos, y sobre todo para anunciarles el Mesías, libertador de todos los hombres.

Ezequiel, que es el gran profeta de que acabamos de hablar, fue tambien llevado en cautiverio á Babilonia, donde hizo una parte de sus vaticinios. Como todos sus predecesores, para probar á los judíos lo que anuncia sobre el Redentor, les predice acontecimientos próximos que verán con sus propios ojos, y otros de los que el mundo entero es aun en el dia irrecusable testigo.

El primer acontecimiento que vaticina á sus hermanos es su regreso á Judea y la reedificacion del templo de Jerusalem ¹; dos hechos que se cumplieron al pié de la letra cerca de cuarenta años despues. El segundo acontecimiento, que prueba la penetracion con que el divino Ezequiel leia en el porvenir mas remoto, es que desde Nabucodonosor, contemporáneo del Profeta, el Egipto no tendrá mas reyes de sangre egipcia. Hé aquí los términos de este asombroso vaticinio: *Voy á dar á Nabucodonosor, rey de Babilonia, el pais de Egipto; se apoderará de todo el pueblo, y hará de él su botin, y no habrá ya en lo por venir mas caudillo de la tierra de Egipto* ². ¿Quién hubiera

¹ Ezech. xxxix et xlii.

² Id. xxx, 13.

pensado jamás que aquel Egipto, madre de las ciencias y preceptora de las naciones, se veria privado para siempre de un rey de raza indígena, y que inclinaria eternamente su frente bajo un cetro extranjero? Y sin embargo hace veinte y tres siglos que se está cumpliendo el oráculo de Ezequiel, y que el Egipto ¹, segun lo advierte un impío de nuestros dias, arrebatado á sus propietarios naturales, sufre sin interrupcion el yugo de los extranjeros.

Ezequiel anuncia, relativamente al Mesías, que saldrá de la raza de David, que será pastor, pero pastor único que salvará á su rebaño y reunirá todas sus ovejas en el mismo redil. Escuchemos al Señor al anunciar él mismo este consolador acontecimiento por la boca del Profeta: *Salvaré mi grey, no será mas expuesta á la presa, y juzgaré entre ganado y ganado, y levantaré sobre ellos un solo pastor que los apaciente, á mi siervo DAVID: él mismo los apacientará, y será príncipe en medio de ellos* ².

Nuestro Señor mismo nos da á conocer el sentido de este vaticinio, cuando dice hablando á los judíos: Yo soy el buen Pastor. El buen pastor da la vida por sus ovejas. Yo tengo además otras ovejas que no son de este aprisco; es preciso tambien que las conduzca, y no habrá mas que un solo rebaño y un solo pastor. Él condujo estas otras ovejas, es decir, las naciones idólatras, las reunió á las ovejas de la casa de Israel, y no hay en el dia mas que un solo aprisco y un solo pastor, que es nuestro Señor. Para que nada falte al cumplimiento de la profecía, añadid que este Pastor único debia ser de la raza de David, ó mejor, el verdadero David. Pues bien, nuestro Señor es de la raza de David, es decir, el *amado* por excelencia.

Ezequiel añade que el Mesías establecerá una nueva alianza mas perfecta que la antigua. *Haré con mis ovejas una alianza de paz, dice el Mesías por boca del Profeta. Mi alianza será eterna. Las multiplicaré, y estableceré para siempre mi santuario en medio de ellas. Mi tabernáculo estará entre ellas; seré su Dios, ellas serán mi pueblo, y las naciones sabrán que yo soy el Señor y el santificador de Israel, cuando mi santuario esté para siempre en medio de mi pueblo* ³. Nuestro Señor estableció una nueva alianza mas perfecta que la antigua, una alianza eterna; reunió los judíos y los gentiles en un mismo redil, y es ade-

¹ Volney, *Viaje á Siria*.

² Ezech. xxxiv, 22, 23.

³ Id. xxxvii.

más de la raza de David y el amado por excelencia: luego nuestro Señor es el Mesías vaticinado por Ezequiel.

En la misma época y en la misma ciudad de Babilonia profetizó el último de los grandes Profetas; he nombrado á Daniel, y hé aquí su interesante historia.

Nabucodonosor quiso tener en su corte algunos niños de la nacion judía, que se había llevado cautiva, con intencion de hacerles enseñar la lengua y la ciencia de los babilonios. En su consecuencia dió sus órdenes al mayordomo de su palacio. La eleccion del ministro, dirigido por el Señor, recayó en Daniel y tres compañeros suyos llamados Ananías, Misael y Azarías. Dióseles por morada un aposento cómodo para sus estudios, y en muestra de su favor, el Rey mandó que se les alimentase con los manjares que se servian en su mesa, y no se les diese otro vino que el que él bebía. Debían ser tratados de este modo durante tres años, al fin de los cuales el Rey los destinaba á incluirlos en el número de sus funcionarios, y á servir siempre en su presencia.

Solo una cosa inquietaba á aquellos virtuosos niños; eran los manjares y el vino de la mesa del Príncipe que debían servirles, porque fácilmente podia haber entre estos alimentos algunos prohibidos á los judíos y hasta quizás ofrecidos á los ídolos, y resolvieron no probarlos. Daniel habló sobre éste temor al mayordomo del palacio encargado de su comida, y éste respondió que no queriendo el Rey á su servicio mas que jóvenes bellos, bien formados y de buen aspecto, había dispuesto expresamente el modo con que debían alimentarse; y que si por no usar el vino y los manjares de la mesa del Príncipe perdían algo de su gordura, no dejaria de saberse la causa, y que de ello dependia su fortuna y hasta quizás su vida.

Daniel no se desanimó; se dirigió á Malassar, empleado subalterno, encargado especialmente de él y de sus tres compañeros. Dándonos, le dijo, como lo deseamos, legumbres y agua pura; solo os pedimos diez dias de prueba; examinad en seguida nuestro semblante, y comparadnos con los demás jóvenes que alimentais de la mesa del Rey: si teneis motivo para arrepentiros de vuestra complacencia, nos someterémos á cuanto querais. Malassar accedió á esta proposicion: Daniel y sus compañeros no se sustentaron durante diez dias mas que de simples legumbres, y sin embargo se advirtió en ellos mayor frescura y lozania que en el resto de los jóvenes alimentados de la mesa del Príncipe. Malassar continuó por consiguiente gustoso

tratándoles del mismo modo, y siempre fue con el mismo buen éxito.

Habiendo transcurrido los tres años de su instruccion, llegó el dia de presentar al Rey los cuatro jóvenes israelitas. Nabucodonosor quedó encantado de la gracia que brillaba en su rostro y en toda su persona, y aun lo quedó mas de su habilidad é instruccion. No tengo en mi reino, exclamó, doctores comparables con los cuatro jóvenes hebreos. No vacilé en retenerlos á su lado, les dió empleos en la corte, y quiso que sirvieran siempre en su presencia. Tal fue el principio de la grande elevacion del profeta Daniel; el Señor, siempre infinitamente bueno, preparaba de este modo recursos á los israelitas cautivos.

Algunos años despues, Nabucodonosor tuvo un sueño que le causó viva inquietud. Cuando despertó, mandó que se le presentasen todos los encantadores, adivinos y mágicos de Babilonia. Esta noche, dijo el Rey, he tenido un sueño que me ha aterrado; pero la turbacion que he tenido despues me ha borrado absolutamente su recuerdo. Si llegais á recordar mi sueño y á explicármelo, os prometo una recompensa digna de mí; pero si burlais mi esperanza, os daré muerte á todos.

Lo que pedís, Señor, le respondieron, no es posible á ningun mortal. El Rey mandó en su enojo que se les diera muerte. Ejecutábase este mandato sin compasion, cuando Daniel, lleno de confianza en Dios é inspirado súbitamente, corrió á la presencia del Rey, á quien encontró abismado en negra melancolía, y le suplicó que le concediese algunos momentos para explicarle el sueño que había tenido. Marcha, Daniel, le dijo el Rey; toma todo el tiempo que necesitas.

Daniel se retiró, y pasó la noche en oracion. Á la mañana siguiente uno de los empleados de la corte le introdujo en el aposento del Príncipe, y dijo al presentarle: Hé aquí, señor, uno de los cautivos de Jerusalem que dará al Rey mi señor la explicacion que desea. ¿Crees, dijo el Príncipe á Daniel, que puedes recordar mi sueño y explicármelo? El sueño que habeis tenido, le respondió modestamente Daniel es superior á los conocimientos de todos los mágicos; pero hay un Dios en el cielo, y es el único Dios que adoro, para quien nada hay oculto, y revela cuándo y á quién le place las cosas mas oscuras. Él es, gran príncipe, el que os ha mostrado durante la oscuridad de la noche los acontecimientos que deben cumplirse en los últimos siglos.

El Príncipe y toda su corte tenían fijos los ojos en el jóven Profeta, cuando empezó de este modo: Hé aquí, señor, el sueño que habeis tenido. Se presentó delante de vos una grande estatua, que estaba en pié á vuestros ojos y con mirada terrible; era su cabeza de oro purísimo, el pecho y los brazos de plata, el vientre y los muslos de bronce, las piernas de hierro, y los piés en parte de hierro y en parte de arcilla. Mirábais con extrema atencion esta vision cuando se desprendió por sí sola una piedra del monte, hirió los piés de la estatua, y los hizo pedazos. La misma estatua fue reducida á cenizas como el polvo que arrebató el viento en el verano. Pero la piedra que hirió la estatua se convirtió en un gran monte que llenó toda la extension de la tierra. Tal es vuestro sueño, señor; hé aquí su explicacion:

Vos sois, príncipe, el mas grande de los reyes, y á vos representa la cabeza de oro. Despues de vuestro imperio se alzará otro menor que el vuestro, figurado por la plata; vendrá otro tercero, figurado por el bronce, que se extenderá por toda la tierra, y el cuarto imperio, semejante al hierro que rompe todos los metales, domeñará tambien y derrocará á quien trate de oponerse á su establecimiento. Sin embargo, este cuarto imperio se debilitará con sus divisiones, lo cual está expresado por la mezcla del hierro con la arcilla en los piés de la estatua. Finalmente, en las épocas en que estos reinos subsistirán aun, el Dios del cielo suscitará un reino que jamás será destruido, que derrocará á todos los demás imperios, y que estaba representado bajo la figura de aquella piedra que desprendida por sí misma del monte redujo á polvo la arcilla, el hierro, el bronce, la plata y el oro.

Nosotros que vivimos despues del acontecimiento podemos reconocer fácilmente estos imperios cuya sucesion anunció Daniel. El primero, representado por la cabeza de oro, es el imperio de los babilonios; el segundo, representado por el pecho de plata, es el de los medos y los persas; el tercero, figurado por el vientre y los muslos de bronce, es el de los griegos, bajo Alejandro el Grande. Este imperio, nos dice el Profeta, mandará á toda la tierra. En efecto, Alejandro extendió sus conquistas á las tres partes del mundo. El cuarto reino, representado por las piernas de hierro, designa claramente el imperio romano. Así como el hierro rompe todos los metales, este imperio rompió y redujo á polvo todos los reinos que subsistian antes que él en las tres partes del mundo conocido.

La piedra que se desprende del monte sin que la empuje ningun hombre, que rompe la estatua, se aumenta en seguida, cubre toda la extension de la tierra, y forma un imperio cuya duracion será eterna, designa claramente el imperio espiritual de nuestro Señor, imperio formado sin el auxilio de ningun hombre, imperio vencedor de todos los demás, que no pasará á otro pueblo, tan extenso como el mundo y tan duradero como los siglos. ¿Á qué otro reino sino al de Jesucristo pueden corresponder estos caractéres?

Al oír las palabras del Profeta, Nabucodonosor poseído de un asombro superior á toda comparacion, y mirando á Daniel como un Dios oculto bajo la figura de un hombre, se prosternó en el suelo, le adoró profundamente, y mandó que le ofrecieran incienso y le sacrificasen víctimas. Daniel se opuso á este culto impio, y se apresuró á dedicar todos aquellos homenajes al Dios que le habia inspirado. Nabucodonosor reconoció que el Dios de Daniel era verdaderamente el Dios de los dioses y el Rey de los reyes, y despues elevó á Daniel y á sus compañeros á las primeras dignidades del imperio.

Los jóvenes hebreos experimentaron muy pronto, como tantos otros, que para acarrear el odio no es necesario ser malvado, sino que basta ser dichoso. El favor de que eran objeto les atrajo enemigos celosos que resolvieron perderlos, y persuadieron á Nabucodonosor que prohibiera á todos sus súbditos adorar á otro Dios que los dioses de Babilonia. El Príncipe mandó por consiguiente fabricar una grande estatua de oro, de sesenta codos de altura, y que la colocasen en medio de una vasta llanura en las cercanías de Babilonia. Al mismo tiempo se dió orden á los oficiales del ejército, magistrados, jueces, intendentes y gobernadores de las provincias, para que se presentasen en la llanura el dia designado para rendir á la estatua el culto religioso que el Rey le destinaba, so pena de ser arrojado en el acto en un horno ardiente el que no obedeciese.

Los tres compañeros de Daniel, Ananías, Misael y Azarías, acudieron como los demás á la llanura; pero en el momento que se daba señal á todos los presentes para prosternar el rostro en el suelo, los tres israelitas permanecieron en pié sin dar ninguna muestra de adoracion. Sus enemigos corrieron á contárselo al Rey; y fuera de sí de cólera, mandó Nabucodonosor que los arrojaran en el horno en que ardía un fuego siete veces mayor que de ordinario. Hace que se apoderen de los generosos atletas los soldados mas

robustos de su guardia, que los aten de piés y manos, y los lancen en medio de las llamas. Pero el Dios de Israel baja allí con ellos, el fuego consume sus ataduras respetando sus personas, y se pasean tranquilamente en el abismo abrasado. Pronto se les oye cantar alabanzas al Señor. Al ver el milagro, Nabucodonosor se acerca al horno y los llama: Siervos del Dios altísimo, salid y venid á mí. El mismo proclamó que el Dios de Israel era el verdadero Dios, y publicó un edicto en que prohibía que blasfemasen de él so pena de muerte. Este homenaje solemne es una nueva prueba de la misericordiosa providencia del Padre celestial, que no permitía la persecucion de sus siervos y la mezcla de su pueblo con las naciones infieles sino para hacer brillar su gloria, fortalecer á Israel en la fe de sus padres, y preparar paulatinamente á los gentiles á abrazar el culto del verdadero Dios.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber conservado en medio de las llamas á vuestros fieles siervos; dadme su fidelidad hácia vuestra santa ley, y su valor para arrostrar el respeto humano, á fin de libertarme yo mismo de las llamas eternas.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *nunca aceptaré carnes en los días en que están prohibidas.*

LECCION XLII.

VATICINIOS DEL MESÍAS.

Continuacion de la historia de Daniel.—Vision de Baltasar.— La explica Daniel.— Es muerto Baltasar.— Daniel en la cueva de los leones.—Ídolo de Belo.— Daniel vaticina la época del nacimiento del Mesías.

Compréndese fácilmente que el milagro que Dios obró en el horno aumentó el favor que gozaban los jóvenes compañeros de Daniel; mas estos virtuosos israelitas no se aprovecharon de su autoridad sino para dar á conocer el Dios poderoso que los habia conservado, y suavizar la suerte de sus compañeros de cautiverio en todo el imperio babilónico.

Nabucodonosor murió, y Daniel fue olvidado en el reinado de su sucesor. El Profeta habia avanzado en edad, y no pensaba mas que en servir á su Dios en el silencio y en orar por sus queridos cautivos; pero el Señor tenia miras bien diferentes que su siervo, pues la Providencia queria servirse del mismo Daniel, aunque anciano y olvidado, para consumar la grande obra de la libertad de su pueblo.

Acababa de subir al trono de su abuelo Baltasar, nieto de Nabucodonosor, y, mas ocupado de sus placeres que del cuidado de su reino, quiso dar un día un magnífico festin al que convidó á los principales señores de su reino. Entregado sin medida á una loca alegría, el Rey bebió con exceso, y mandó en medio de su embriaguez á sus palaciegos que trajesen á la sala del festin los vasos de oro y plata que Nabucodonosor habia arrebatado del templo de Jerusalem, para beber en ellos él y los señores y mujeres que se hallaban en el banquete. El Rey dió el ejemplo, y cada cual hizo alarde de imitarlo, esforzándose á quién profanaria con mas insolencia los vasos sagrados. Bebian en ellos el vino á grandes tragos cantando himnos en honor de sus falsas divinidades; y el desgraciado Baltasar, poniendo de esta suerte el colmo á sus crímenes, llenaba la medida fatal que Dios esperaba para destruir su monarquía.